





**NO HAY RELOJ PARA  
EL OLVIDO**

**MARTINA ROBLES RODRÍGUEZ**

1ª edición, *La Mirada Malva*, 2013  
Colección Mirada Narrativa 13

© Martina Robles Rodríguez, 2013  
© La Mirada Malva, 2013

Fotografía de portada © Álvaro Pérez y Silvia Pérez

Reservados los derechos de esta edición para  
Editorial *La Mirada Malva*  
c/ Calvario nº 17, 18650 Dúrcal  
Granada – España  
Teléfono (34) 958 782 567  
[www.miradamalva.com](http://www.miradamalva.com)  
<http://miradamalva.blogspot.com/>

ISBN-13: 978-84-940067-7-7

DL: M-36507-2013

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta  
obra sólo puede ser realizada con la autorización  
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.  
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos  
Reprográficos [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita  
fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.





# ÍNDICE

Capítulo I	9
Capítulo II	21
Capítulo III	39
Capítulo IV	69
ENCUENTRO FRATERNAL	71
ENTORNO FAMILIAR	77
EN EL NOMBRE DEL PADRE	81
IRENE ESCAPA	89
EL DERECHO SE TUERCE	95
LUCÍA, UN DESLIZ	103
UNA PAREJA QUE NACE	111
OTROS PULSOS	123
ALBERTO PASA EL FILTRO	129
EL ESLA	139
ANA, COMO EL GUADIANA	147
EL NIDO VACÍO	155
MI PRIMER AMOR	163
FUENTES & CARRIÓN	171
EL DÍA MENOS PENSADO	179
LA SENSACIÓN DE QUE NADIE TE ESPERE	191
COMO TERRONES	201
CABEZA HUECA	207
EL OTRO LADO DEL ESPEJO	215
LO QUE SE ESCONDE EN LOS CAJONES	225
PASANDO PÁGINA	235
CAMINOS POR HACER	261
Capítulo V	275
Capítulo VI	291





## CAPÍTULO I

Mi padre fue el culpable del accidente que cambió el rumbo de mi vida. No conducía el coche, ni siquiera venía conmigo. Sin embargo, lo sentí como si estuviera a mi lado. Él tenía ese poder. No necesitaba estar presente para hacer tambalear la vida de algunas personas.

Aquel día él provocó la llamada de mi madre. Enseguida advertí que no era una llamada de teléfono normal. Tuvo el efecto del sonido de la sirena de un coche de bomberos. Con voz grave, me preguntó cómo estaba y, sin más demora, trató de sonsacarme si alguna tenía previsto ir pronto al pueblo.

—¿Pasa algo? —pregunté alarmada.

—No... Bueno sí, pero no es para hablarlo por teléfono. Es él, otra vez. Lucía, si pudierais venir alguna de vosotras... ¡Ya no puedo más!

Su voz se quebró y se produjo un prolongado silencio.

No necesité saber más. Un gemido en boca de mi madre podía ser su mayor grito de socorro.

Respondió “no” e, inmediatamente, rectificó. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Era indispensable que acudiéramos en su ayuda? Creo que nunca le había escuchado aquel contundente “ya no puedo más”.

A mi mente acudieron unas imágenes recientes de la televisión sobre una agresión. Se vio cómo unos vecinos declaraban que el agresor aparentemente era una persona correcta. La víctima de aquella violencia machista no había tenido tiempo de defenderse. La llamada me hizo pensar que se había producido otro arranque de ira de mi padre y la experiencia me decía que cada descarga constituía otra vuelta de tuerca que incrementaba la presión sobre mi madre.

Si no nos separaran tantos kilómetros la miraría a la cara. Dejaría que sus negros ojos hablaran por ella. También contaría las veces que había entrado o salido de casa. Cuando algo le preocupa sale al patio, se acerca al jardín y a la huerta, o simplemente se da una vuelta por la calle y, luego, regresa. Es como si necesitara

tomar el aire que dentro no encuentra. Algunas veces le basta con moverse por las distintas estancias de la casa. Entonces, cambia de sitio algo, da ligeros retoques, coloca un adorno... Y siempre que él es la causa de sus desvelos, ni siquiera se cambia de calzado para salir. El único gesto de coquetería que reconozco en ella es que nunca sale en zapatillas a la puerta de la calle. Sin embargo, se olvida de cambiárselas cuando él la perturba.

Hace algunos años que mi padre ya no vive en casa. Sin su presencia el aire que se respira es mucho más grato. Pero a veces, aun desde la distancia, sigue siendo capaz de romper el equilibrio y entonces mi madre vuelve a realizar todas esas rutinas que le sirven de alivio.

Desconozco las razones por las que me llamó a mí. Podría haber marcado el número de mi hermana Irene, la mayor, o de Ana, dos años menor. Pero quien escuchó sus palabras desgarradas fui yo. A las tres, viviendo en Madrid, nos separaban 300 kilómetros de ella y, por alguna razón, me llamó a mí. Quizá porque sabía que, llegado el caso, yo rompía antes las distancias.

Sólo porque quien me había llamado era mi madre y porque el problema era otra vez él, los planes del fin de semana que empezaba quedarían en el aire. Aplazarlos suponía dejar en suspenso algo importante para mí, pero... Decidí ponerme en camino. Antes, preparé una pequeña maleta. No quería demorarme en seleccionar la ropa que iba a llevar. Sabía que en el pueblo, en Alcosar, me irían mejor los jerséis que las camisas y aún así me haría falta la cazadora. Dudé si avisar a mis hermanas del viaje. Para ganar tiempo pensé que era mejor hacerlo cuando ya hubiera llegado, pero llevada por la inercia, marqué sin apenas advertirlo el número de teléfono de Irene.

—¿Por qué antes de ponerte en carretera no esperas a saber algo más? —me recomendó—. Lo mismo vas para nada.

—Que no, que no. Aprovechando que empieza el fin de semana, voy y ya está. Ya os contaré.

Me insistió para que procurase viajar tranquila. Quedó en poner al corriente a Ana. Mientras me dirigía a coger el coche, intenté hablar con Pablo. No pude localizarlo, por lo que le envié un mensaje anunciándole que tenía que irme al pueblo y que ya hablaríamos.

Decidí pasar por la estación de servicio para repostar la suficiente gasolina y no tener que detenerme en todo el trayecto. Estaba cerrando el tapón del depósito cuando apreté el mando a distancia para cerrar el coche. ¡A ver si a alguien le da por coger la carpeta mientras voy a pagar y me hace la puñeta!, pensé. Pero ¡coger el qué, si me la había dejado en casa! Las prisas y los nervios, tras la llamada de mi madre, eran los causantes del olvido. Me apresuré a abonar los 40 euros y, aunque perdiera algunos minutos, decidí volver a pasar por casa para recoger mi proyecto de novela. Era muy probable que durante aquel fin de semana no dispusiera de tiempo para continuar escribiendo, pero últimamente allí a donde yo iba me acompañaba siempre la carpeta llena de posits y anotaciones. Me faltaría algo si no la llevaba conmigo.

En cuanto eché la carpeta en el coche, me coloqué el cinturón de seguridad y me dispuse a iniciar el viaje. Viernes por la tarde, atasco seguro de salida, pensé. Encendí la radio, pero hablaban mucho más alto mis pensamientos. ¿Qué habrá pasado ahora? ¿Es que nunca se va acabar este infierno? Si por mí fuera... Una denuncia. Aunque empeore las cosas. Con una denuncia se iba a enterar. Seguro que se le acababa esa soberbia. ¡Pues no hemos hecho viajes para ponerle las pilas y no han servido de nada! ¡A saber con qué me voy a encontrar hoy!

Un frenazo brusco del coche que iba delante hizo que tuviera que reducir la velocidad hasta quedarme casi parada. Por poco me lo trago. Tras el susto, tomé conciencia de que estaba al volante. A mi derecha localicé el punto kilométrico 70, pero no recordaba con detalle cómo había llegado hasta allí. Traté de concentrarme en la conducción. Al cabo de un rato, mis pensamientos me recondujeron hacia la novela. Hasta ese día había escrito algunos relatos y cuentos, pero era la primera vez que me planteaba un objetivo tan ambicioso. Creo que más que querer contar yo una historia, era la historia la que tiraba de mí para que la escribiera.

El tráfico empezó a permitirme circular a una velocidad aceptable y, tal vez por una asociación de ideas, imaginé metáforas sobre el ritmo de mi novela. La titulé, al menos de forma provisional, *Las turbulencias del Eslo*. Me embarqué en ella animada por Pablo que, ávido, lee cada capítulo que le voy pasando. No le gusta oírme decir que me he bloqueado y, como se me escape que algo no me

convence, está enseguida al quite.

—¿Con qué estás ahora? —me pregunta en esas ocasiones.

En cuanto le respondo, empieza: ¿Y si...? ¿Por qué no...?

Sin llegar a ser mi corrector de estilo, me aporta ideas y sugiere líneas de desarrollo. Dice que es objetivo conmigo, pero creo que no puede serlo.

—¿Crees que no te diría que tu novela no va a ninguna parte sólo porque te quiero? —insiste convencido.

—Es que no es eso. Me gustaría que pusieras pegas, que si un personaje o lo que sea te chirría, me lo dijeras...

—Sigo pensando lo mismo: te falta confianza en ti misma. Tu historia se merece que sea escrita y tú estás en condiciones de escribirla —y añadió—: Y puedes hacerlo bien, pero tienes que creértelo.

—Nada, que no me convences. Podría escribir la novela más insulsa del mundo y nunca lo reconocerías.

Lo único que a Pablo le molesta es no saber qué episodios son reales y cuáles ficticios. Lee entre líneas y sospecho que desea saber qué significa él para mí a través de la novela. Busca en este borrador algo y no sé muy bien de qué se trata.

Mi mirada se dirigió hacia la carpeta. Ni siquiera su compra fue al azar. Primero pensé que fuera azul, pues en mi historia iban a aparecer muchas referencias a un río. Había llegado a pensar que sus aguas influían en el carácter de la gente. Finalmente elegí el color violeta, pues la novela iba a descubrir un mundo de mujeres marcadas por un hombre y quise rendirles tributo utilizando el color que representa la lucha por la igualdad. Claro que lo importante es el contenido.

Comprobé que la calefacción funcionaba correctamente porque, incluso dentro del coche, empecé a sentir frío. Estaba a la altura de Villacastín y los paneles de la carretera recomendaban precaución por la existencia de vientos racheados. Había empezado a notar que mi Renault Laguna acusaba las ráfagas y tenía que moderar la velocidad. Bajé la ventanilla, pero enseguida volví a levantarla. Tuve la impresión de que el aire me desestabilizaba. Sujeté bien el volante. Conducir en esas condiciones me ponía tensa.

Como soy una incondicional de Amaral dejé que me

acompañara su música. Me sumergí en la letra de las canciones y las notas de la armónica. La fuerza que esconde “El universo sobre mí” me contagió un poco de calor.

Por fin, entré en Benavente y, como siempre me sucedía, tuve la sensación de que estaba ya en casa. Sólo vi a cinco o seis personas por la Avenida de El Ferial, pero no era de extrañar. Los árboles que habitaban en esa arteria no dejaban de bambolearse. Un par de plásticos decidieron escapar del contenedor de basura y volar en busca de otro destino. No hacía noche para que los taxistas estuvieran fuera de sus coches, pero, aun así, algunos, con los cuellos de sus cazadoras bien subidos, conversaban animadamente mientras hacían tiempo en la Estación de Autobuses. Era probable que algún Auto-Res tuviera prevista su hora de llegada a las once.

Ahora sí que bajo la ventanilla: quiero atrapar el olor de ese frío. No es un frío cualquiera. Al cruzar las vías del antiguo paso a nivel del tren para tomar el desvío que indica “Alcosar - 7 km.”, recuerdo la pequeña caseta que durante tantos años estuvo allí. Algunas personas, al entrar en Benavente, dejaban la bicicleta y, el encargado de la bajada de las barreras, se entretenía un rato dándoles conversación. A la vez, se sentía útil cuidando de que las bicis no fueran robadas.

Pese a que había pasado por aquellas vías infinidad de veces, de improviso retrocedí en el tiempo. Reviví algunos episodios en los que yo había dejado también allí mi bici. La primera vez, se me salió la cadena y necesité ayuda. Yo iba a entrar en Benavente y Nico salía de la villa para regresar a Alcosar, pero al verme bajada de la bici, tirando de ella con dificultad, sudando más por el agobio que por su peso, se percató de que tenía algún problema. Éramos del mismo pueblo y aunque todos nos conocíamos, apenas me había relacionado con él. Alguien que tenía diez años más que yo me parecía demasiado mayor y creía que era imposible que pudiéramos tener intereses comunes. Pero me equivoqué.

—¿Puedo echarte una mano? —se ofreció con un timbre de voz cálido—. Por lo que veo la bici...

Se arremangó las mangas de la camisa.

—Si no te importa... —respondí, un poco cortada—. Te lo agradecería. Me llega a dejar tirada en Alcosar y da igual, pero aquí...

Intentó colocar la cadena. Los eslabones no encajaban bien entre los dientes del piñón, por lo que me aconsejó que no la utilizara hasta llevarla a un taller porque, de lo contrario, podía volver a salirse de nuevo.

—No me fío de que esté arreglada. ¿Vas a entretenerme mucho? Lo digo porque yo no tengo prisa y, si quieres, te la acerco en mi coche a algún taller. O, si prefieres, te espero aquí y, cuando termines, te llevo a tu casa.

¡Vaya situación! Nunca iba a Benavente sola y para una vez que lo hacía...

Así comencé a relacionarme con Nico. En momentos de apuros. ¿Debía llamarle Nicolás o Nico, como le llamaban todos? A nuestro lado, las vías del tren. El escenario de las vías podía ser bueno para un primer encuentro, pero no fueron los raíles, sino la cadena que había que reparar la que hizo que habláramos. Y si la cadena bien colocada transmitía el movimiento hacia la rueda y permitía comenzar a andar, de alguna manera él aquel día impulsó mi camino. Empezó sacándome de un aprieto.

Ignoro por qué, cuando ha transcurrido tanto tiempo, me he acordado de él. Tal vez porque mi subconsciente necesita rememorar buenos momentos, evocar etapas dulces, para afrontar en condiciones lo que me espera.

Volví al presente al bajar un poco el cristal y escuchar el silbido del viento. Menos mal que conozco bien el camino, pero los kilómetros que me separan de Alcosar pueden resultar pesados. Sé que en cuanto llegue y mi madre oiga el ruido del coche, saldrá a recibirme y me abrirá las puertas del garaje. Viendo su cara sabré el alcance del conflicto. Si empieza a preguntarme por mis hermanas y a contarme algo del pueblo, será que la tormenta se ha alejado. Pero antes o después me contará cuál es el problema. Para eso he acudido en cuanto, veladamente, me lo ha pedido. Lo relatará en pequeñas dosis, como si sólo así se pudiera digerir. De forma gradual, para evitar reacciones incontroladas.

Antes de coger la primera curva, poco antes de llegar al puente del río Órbigo, tendría que divisar la fábrica de harinas *La Ventosa*, pero apenas consigo ver nada. Ni siquiera distingo si está iluminada. Como a la carretera comarcal le falta luz no llego a apreciar si en las tierras que quedan a mi izquierda hay algo

sembrado. Súbitamente me parece ver una sombra. Me acerco más al cristal. ¿Algo cruzó por delante del coche? Siento que el impacto con algo me desplaza del carril. Doy un volantazo para intentar volver a él y me aferro al volante, pero, definitivamente, pierdo el control. El vehículo salta y da una vuelta de campana porque ya nadie lo detiene.



Hacia las once de la noche lo normal sería que Nico estuviera ya en casa. En aquella ocasión, sin embargo, había quedado con un amigo que libraba una batalla judicial por la guarda y custodia de su hija y estaba viniéndose abajo. Nico sólo podía ayudarle escuchándole, no dejando que se enterara de su soledad una barra de cualquier bar y conduciendo por él en una noche tan desapacible como aquella. Prefirieron irse a Benavente. En uno de los bares de Alcosar cualquiera se habría unido a ellos y les habría faltado intimidad. Cualquier respuesta sincera al inevitable: "¿qué tal va la cosa?" habría tenido que ser que rematadamente mal.

Nico no se volvía al pueblo tranquilo, ya que su amigo se había empeñado en quedarse más tiempo. En Benavente coincidieron con un conocido y, antes que volver a casa a lamerse las heridas en soledad, su amigo se apuntó a otra ronda.

Cuando circulaba por la carretera comarcal las luces del Laguna zigzagueando llamaron su atención. Estaba a una distancia prudencial por lo que pudo reaccionar. Encendió las luces de emergencia y se echó a la cuneta para evitar cualquier incidencia con los coches que pudieran venir detrás. Salió rápidamente de su automóvil y, luchando contra el viento, que impidió que cerrara bien la puerta en el primer intento, echó a correr en dirección al coche accidentado. Maquinalmente se subió el cuello de la cazadora. Daba tropiezos, ya que el terreno que pisaba era desigual. A medida que se fue aproximando, las pulsaciones de su corazón empezaron a dispararse. ¿Es el coche de Lucía?, se preguntó con preocupación.

Nico se encontró el coche destrozado, con las ruedas hacia arriba. Se agachó para mirar hacia el interior del vehículo y le dio

un vuelco el corazón al ver a Lucía atrapada. Parecía inconsciente dentro de aquel amasijo de hierros y cristales.

Gritó su nombre varias veces y, como pudo, alargó la mano para intentar llegar a alcanzarla. No respondía a ningún estímulo. Revolió en los bolsillos de su cazadora buscando el móvil. No lo encontró. ¡Será posible!, exclamó desesperado. Se desplazó corriendo hacia su coche para comprobar si se lo había dejado allí. Tiró de la puerta y tras rebuscar un poco, lo encontró caído al lado del freno de mano. Con las manos heladas, marcó como pudo el 112. Antes de facilitar la dirección en la que se encontraba, sólo pudo exclamar ¡socorro, ayuda, es muy urgente! Tomaron nota de su aviso y le pidieron que no abandonara el lugar hasta que llegara la Guardia Civil.

Por si acaso, nada más colgar Nico también llamó al 091 de la Policía Nacional para ponerles al corriente. Después, volvió junto a Lucía. Miró el reloj. ¡Cómo tarden mucho no habrá nada que hacer! ¡A quién se le ocurre decir que no me vaya! Pero ¿cómo me voy a ir dejando a Lucía así? Dios, Dios...

Justo en aquel momento, otro coche que circulaba en dirección a Benavente advirtió lo sucedido. Redujo la velocidad con cierta brusquedad y se detuvo. El conductor salió rápidamente y, sin distinguir a quién se dirigía, voceó preguntando si habían avisado a emergencias. Se acercó y, mientras preguntaba a Nico si sabía lo que había pasado, se oyeron las sirenas de una UVI móvil. Al cabo de unos minutos se paró cerca, llegando con ella dos coches de la Policía Local.

—Buenas noches. Retírense a un lado hasta que consigamos sacar los cuerpos, hagan el favor —ordenaron con resolución.

—Sólo hay una mujer —precisó Nico.

—En cualquier caso.

Al acercarse al coche siniestrado mencionaron algo de los componentes de alta tensión en aquel modelo y de la zona de carrocería más fácil de cortar. La situación, sin duda, tenía riesgos. Los bomberos debieron de ponerse en camino detrás de ellos ya que llegaron enseguida para retirar el amasijo de hierros y rescatar a Lucía. Después de una eficaz operación, consiguieron sacar su cuerpo. Cuando la introdujeron en la UVI móvil el conductor permaneció sin arrancar durante unos minutos, que a Nico se le



hicieron interminables. ¿A qué estarán esperando?, se preguntó. No reparó en que desde que la colocaron en la camilla ya la estaban atendiendo. Otros hicieron gestiones para que enviaran un helicóptero. Decididamente, ni la noche ni el lugar lo aconsejaban. Al fin, la UVI arrancó. La sirena emitió un sonido potente y partió a toda velocidad.

—¿Pueden venir un momento para dar testimonio de lo que han presenciado? —requirió uno de los agentes.

En cuanto se acercaron les dijo que a la accidentada se la llevaban de momento al hospital de Zamora. A Nico oír aquello le produjo cierta tranquilidad. Sabía que un indicio de mayor gravedad habría sido que la trasladaran a León o a Salamanca.

Les preguntaron si conocían a la conductora y les pidieron su filiación. Al día siguiente serían citados para levantar el atestado, saber el lugar que ocupaban en la vía en el momento del accidente, si observaron el golpe o habían encontrado el coche tal cual, y cualquier otro extremo que sirviera para aclarar las circunstancias.

Nico, al decir que ella era de Alcosar, les facilitó el trabajo de localización de su familia.

—Ya está todo. Pueden irse. Cuidado ahora al mover sus vehículos. La noche se ha echado encima y con este viento racheado... Procuren extremar la precaución, que los nervios juegan malas pasadas.

Colocaron cerca del coche una luz muy potente y sacaron fotografías. Después, realizaron una detallada inspección ocular y tuvieron en cuenta las circunstancias ambientales, pero enseguida se dieron cuenta de la presencia de un jabalí muerto, no muy lejos del coche. También hicieron un reconocimiento del vehículo y recogieron en un par de bolsas los objetos personales que había dentro. Al principio pensaron que la carpeta violeta era la que contenía la documentación del vehículo, pero al momento vieron otra con publicidad de una compañía aseguradora y dedujeron que estaría dentro de la misma.

—Entonces ¿tú la conoces? —preguntó el otro a Nico según iban hacia sus respectivos coches.

—Sí, claro. Es de mi pueblo. Hace muchos años que vive en Madrid, pero como su madre sigue viviendo aquí, ella viene con frecuencia.

—Yo no sabría decir si la conozco porque casi ni la he visto. La cosa no pinta nada bien ¿no te parece? Y el coche ¡ha quedado hecho un desastre!

Nico notó un nudo en la garganta que le impidió responder. Sólo hizo un gesto del que se podía interpretar que habría que esperar. Agradeció que no hiciera una noche que animara a continuar la charla. Pero en cuanto se subió al coche, ya no pudo contenerse. Dejó caer la cabeza en el volante y rompió a llorar. En una especie de arrebató pensó en dar la vuelta y dirigirse al hospital de Zamora, pero enseguida lo descartó. Permaneció durante un buen rato dentro del coche, a solas con su dolor. De vuelta a Alcosar, consciente de que no podría hablar con nadie de lo que sentía de verdad, fue inevitable que irrumpieran los momentos que había compartido con Lucía. Cuando empezó a relacionarse con ella ya había salido con otras chicas y hasta había tenido un par de relaciones bastante duraderas. Pero reconocía que Lucía le había dejado poso. De hecho, valoró en su justa medida su relación con ella cuando ya había acabado. Realmente no sucedió nada especial para que lo dejaran. No hubo discusiones y, por supuesto, no habían dejado de quererse. Simplemente Lucía se fue a Madrid y al poco tiempo una amiga común enredó, provocando entre ellos malos entendidos. Lucía tuvo miedo de que al irse de Alcosar, antes o después se produjera el final. Pero la amiga lo que transmitió a Nico fue que Lucía no tenía claros sus sentimientos hacia él y que, en cuanto llegara a Madrid, se daría cuenta de que aquella relación no iba a ninguna parte. Sólo eso. Luego, la distancia magnificó aquellos equívocos.

Habían pasado muchos años desde entonces y ya nada le unía a Lucía, pero verla así...

Nada más entrar en Alcosar, Nico se dirigió hacia la casa de Julia, la madre de Lucía, pero cuando vio a la gente agolpada en la puerta, prosiguió su camino. Ni siquiera se bajó del coche. En aquellos momentos le fallaban las fuerzas para dar explicaciones. Dentro de la casa, como rebelándose a que una vida se apagara, casi todas las luces estaban encendidas. Ya le habrán comunicado la noticia, pensó. Seguro que su madre partirá inmediatamente para Zamora.

Al entrar Nico en su casa y comentarle a su mujer lo que

había sucedido, ella sólo dijo: Es que hace una noche de perros... Yo estaba deseando que llegaras ya a casa. Pobre Julia, tiene que estar...

No nombró a Lucía. En realidad, como ella había entrado en la vida de Nico poco después de que se fuera Lucía a Madrid y se había instalado para siempre, cuanto menos se hablara de ella, mejor. Le gustaba pensar que su marido, en cuanto se casó con ella, borró de su mente los recuerdos de todas las demás mujeres.

Pero ¿qué noche le esperaba a Nico sabiendo que estaba en peligro la vida de Lucía?

